

Cierro los ojos y me imagino una habitación negra. Huele a café, apenas a caramelo y a maderas preciosas. Todo es negro, hasta los vidrios de la ventana, que están pintados y dejaron de ser translúcidos. No puedo distinguir nada. Pero yo sé que estoy imaginando una habitación. El techo azabache, el piso color de la brea, las paredes oscuras como el carbón con su revestimiento de ébano, los muebles son hermosos pero tan negros que no podrían reflejar la luz si la recibieran. Del techo cuelga una lámpara negra, opaca. Quizá dentro de ella brille una luz. Pero no puedo verla.

Todo es tan oscuro que da miedo que destiña, que contagie su hollín inmaterial y cubra todo lo que toca. Recuerda a tiempos inmemoriales, profundamente alejados de la creación del universo tangible. Antes quizá de una explosión creadora. Tal vez demasiado distantes para ser un concepto claro. Este es un lugar de suspensión de la realidad. Desde algún lugar una brisa cósmica mueve las cortinas, que sisean oscuramente.

Aquí la percepción muta. Los sentidos cobran nuevos significados. El tiempo se alarga y se acorta indefinidamente.

Hay cuadros en las paredes. Estos cuadros tienen texturas deliciosas, matices extraordinarios, mensajes profundos. Sus detalles podrían ser apreciados con mayor claridad en una sala iluminada, pero aquí mantienen su significado y lo transmiten en ondas a través del aire.

Sospecho que la planta que cuelga en una esquina es de plástico. No tanto por su color sino por su rigidez.

Hay un gato que ronronea desde el sillón más suave que conozco. Se llama China y nunca sale al exterior. El sillón tampoco. No fue mudado ni una sola vez, aunque sus almohadones y la manta color alquitrán que lleva encima (fue tejida de la lana de una de las ovejas más negras) sean renovados con asiduidad.

El gato se despereza y baja a la alfombra, que, peluda y lasciva, es de pelo largo, de color café ristretto. Lo sé porque escucho el golpecito sordo de sus patitas. No sé si me está ignorando o me mira. Quizás simplemente no me ve, no estoy allí.

Una puerta se abre y no deja entrar la luz. Respiro aliviada. Imaginarme toda esta habitación tan oscura me llena de placer y no quiero que se vea arruinada por una imagen imperfecta del color.

Creo que desde afuera escucho el mar. O quizá es el viento en medio de un mar de coníferas.

Por la puerta entra un hombre. Es alto. ¡Dios mío es tan alto! Parece balancearse sobre zancos, pero con una gracia y un estilo del cual yo carezco. De alguna manera, en lo acechante de su elegancia me recuerda a una pantera.

Por supuesto no lo puedo ver. Sé que está ahí, lo puedo sentir, lo puedo reconocer. Pero mi visión sigue siendo una masa amorfa de negro. Solo puedo valerme de mi conocimiento, de mi inteligencia. De mis otros sentidos, imposiblemente alertas.

El hombre tiene un traje negro. Impecable. Como si lo hubieran cosido sobre su cuerpo, como si lo plancharan con él adentro. Es de tres piezas. Su camisa es color azabache, sus medias y corbata, del color de las aceitunas más oscuras. En el dedo anular lleva un anillo de onix. Hace juego con sus gemelos. Los zapatos en punta están tan lustrados que podrían brillar.

Tiene la piel negra. No caoba, no oscura. Negra como una noche sin estrellas. Negra como el infinito. Los ángulos de su cara hacen que mi corazón saltee un par de latidos.

Dedos largos, gentiles. Los pasa por su pelo cortísimo y desearía que los arrastrara por mi cabellera. Sonríe y saluda a China con una voz endemoniadamente oscura, grave, imponente. Cuando se agacha para acariciarlo, es el gato quien se frota contra él.

El hombre de negro está siempre en control de la situación. Sabe muy bien cuales son los límites del espacio y del tiempo y entiende que lo estoy mirando. Por eso sonríe.

Ése es el hombre que me ama. No lo conozco, pero es la persona que me ama más que a su vida.

No sé dónde está. O qué pasará. Todo es negro.

Esto es libertad.